

## *El sistema defensivo de Felipe II en Cabo Verde*

Carlos GARCÍA PEÑA  
Rosario ROS LARENA

Universidad Complutense de Madrid

### RESUMEN

La constante expansión de las tierras de la corona hispana lleva a plantearse la inabarcable serie de fortificaciones en todos los ámbitos geográficos. Si era preciso preservar los territorios peninsulares, cuánto más debía de hacerse con el vasto Imperio Colonial, en muchos casos zonas insulares. Dentro de esta última alternativa se ubica la Real Fortaleza de San Felipe en la Isla de Santiago de Cabo Verde. El texto pretende aproximar al lector a un lugar estratégico geográficamente y frecuentemente punto de mira de la piratería francesa, inglesa y holandesa. Lugar importante de comercio de esclavos, aspecto relevante de la economía de la zona. La construcción de la fortaleza de San Felipe (c. 1585) forma parte del amplísimo programa constructivo-defensivo, para el que el monarca, Felipe II, contó con importantes ingenieros y artífices —entre los documentos se menciona a Felipe Terzi y João Nunes— formados dentro de la tratadística del momento con clara influencia italiana. La construcción de la fortificación es un conjunto de elementos que claramente tienen como función prevenir la llegada de la artillería por la costa; baluartes, parapetos, camino de ronda..., todo ello componentes repetidos en el resto de las arquitecturas defensivas de la época. El estudio, iniciado en 1998 en el marco de la cooperación internacional, ha permitido conocer con bastante exactitud el aspecto que debió tener la fortaleza durante el siglo XVI y ha permitido, por consiguiente, realizar una restauración bastante fidedigna de su estado original.

**Palabras clave:** Cabo Verde, Fortaleza de San Felipe, Cidade Velha, Ribeira Grande, Felipe II, siglo XVI, Felipe Terzi, João Nunes, fortificación, defensa, piratería, esclavos.

### ABSTRACT

The continuous expansion of the lands of the Spanish crown made necessary to build series of fortifications in all the territories. It was a must to preserve the peninsular lands and it was equally important the preservation of the extend zone of the *colonial empire*. Many of these territories were island. One of them was the island of Santiago, in Cape Vert, with the Royal fortress of San Felipe, in Cidade Velha, the capital city. The text aims to approximate the reader to an strategic place wich was many times the refuge for pirates coming from France, England and Dutch. It was one important place for slaves trade, a very relevant aspect of the economy of the area. The building of the fortress of San Felipe (c. 1585) was a part of a very wide defensive-program, for which the king Felipe II the of Spain send ingeniers and architects, among them Felipe Terzi and Joao Nunes, trained masters and inspired in the treatises of the time and learned under the Italian influence. The building of the fortress was prepared for the arriving of enemy artillery to the coast. Bastions, parapets, covereds paths..., all of them usual elements in military architecture of that time were built. The present study started in 1998. The International cooperation services made possible to know very accura-

tely and with a great exactitude the features of this fortresses during XVI century; this has permitted a very faithful restauration of the original aspect of the monument.

**Key words:** Cape Vert, Fortress of San Felipe, Cidade Velha, Ribeira Grande, Felipe II, XVI century, Felipe Terzi, João Nunes, fortification, defence, piracy, slaves.

Las recientes actuaciones que el Estado español a través de la Agencia Española de Cooperación Internacional ha realizado sobre la Real Fortaleza de San Felipe en la isla de Santiago, del Archipiélago de Cabo Verde, han venido a traer a un primer plano en la atención investigadora un ejemplar de arquitectura debido a la iniciativa de Felipe II, prácticamente desconocido.

Deben señalarse algunas circunstancias que han propiciado un cambio de sentido en la investigación historiográfica en los últimos tiempos tanto en España como en Portugal. Por una parte, el cambio político que ambos países experimentaron en la década de 1970; por otra, la coyuntura histórica de la celebración del centenario del descubrimiento de América y la Exposición Universal de Sevilla, y por el lado portugués la Exposición homóloga de Lisboa, que tuvieron sin duda un fuerte acento ultramarino.

A los acontecimientos antes referidos se han venido a sumar, en España la conmemoración de la pérdida definitiva del imperio colonial y, afectando también a Portugal, el IV Centenario de la muerte del rey Felipe II (I de Portugal), con el consiguiente aluvión de actos celebrativos. Todo ello ha venido a reforzar el interés que por estos temas se venía teniendo en los últimos años, como pone de manifiesto, entre otros, el artículo de reciente publicación de Catarina Madeira Santos<sup>1</sup>. En él se ofrecen unas claras direcciones preferentemente seguidas por los investigadores portugueses, que son, como es lógico, juntamente con los caboverdianos, los que más se han ocupado de los temas que atañen a este archipiélago atlántico. Se observa, por ejemplo, que la parte más considerable de las publicaciones estuvo, hasta 1974, dedicada al llamado Estado Português da Índia en su momento de máximo esplendor, que fue el siglo XVI. En los años 80 las investigaciones se realizaron, precisamente, huyendo de orientaciones propagandísticas y con un carácter más aséptico y científico.

La historia del África anterior a los descubrimientos y a la colonización europeas no ha sido tenida en cuenta debidamente por parte de una historiografía reciente de marcado carácter eurocéntrico, aunque, naturalmente, hay excepciones a esas líneas preferentes de investigación. Este cambio de senti-

---

<sup>1</sup> MADEIRA SANTOS, C.: «Expansión y descubrimientos portugueses: problemáticas y líneas de investigación», *Cuadernos de Historia Moderna*, n.º 20, pp. 11-128, Departamento de Historia Moderna de la Universidad Complutense, 1998.

do se ha dado tanto entre los historiadores extranjeros como entre los portugueses. El resultado último es, al parecer, una creciente africanización de la historiografía de África. En este sentido la inexistencia de población anterior a los descubrimientos en los archipiélagos de Santo Tomé y Príncipe y Cabo Verde hacen que la historia de estas islas aparezca cuando su ocupación por los europeos, y que el mestizaje producido a raíz de la conquista y la importación de una mano de obra esclava dé una peculiaridad indudable a la formación de las sociedades que en ellas se desarrollaron.

Además de todo lo dicho, el acontecimiento fundamental que condujo a un espectacular incremento en las actividades investigadoras acerca del Archipiélago, fue, sin duda, el que la antigua colonia portuguesa se convirtió en 1951 en provincia ultramarina; que diez años después obtuviesen todos sus habitantes la ciudadanía portuguesa y, sobre todo, el que las islas de Cabo Verde alcanzasen la condición de república independiente en 1975, bajo la presidencia de Arístides Pereira. La Constitución aprobada por la Asamblea Nacional en 1981 consagraba su separación de Guinea-Bissau.

La vinculación de España con Portugal en la Edad Moderna se potencia con el matrimonio de Carlos I con Isabel de Portugal, del que nacería, en 1527, don Felipe, que habría de ser Felipe II. La vinculación luso-española se intentó reforzar con el enlace, en 1543, del entonces príncipe Felipe con doña María Manuela de Portugal, «planeta de lusitania», según laudatoria expresión del Marqués de San Lucindo<sup>2</sup>. Los derechos sucesorios, en conflicto con otros pretendientes a la Corona portuguesa, se reivindicaban a partir de la infortunada muerte del joven rey don Sebastián en Alcazarquivir (1578) y su efímera sucesión por su anciano tío, Maestre de Avís, Cardenal don Enrique, que moriría a comienzos de 1580 dejando vacante un trono sin herederos inmediatos, como ya había sido previsto con la apertura de un pleito sucesorio entre los descendientes de Manuel I.

El triunfo de la candidatura del español tiene como consecuencia inmediata, temida por muchos, la unión de ambas coronas y sus respectivos imperios coloniales sobre la cabeza de Felipe II. La dispersión geográfica de los inmensos territorios de la monarquía planteó no sólo la enemistad, sino la codicia, y potenció la necesidad prevista de la protección del territorio. Ya desde antes de que la herencia se hiciese efectiva, don Juan de Silva, que conocía bien la realidad portuguesa por haber sido Embajador en la Corte de Lisboa, advertía

---

<sup>2</sup> En BOUZA ÁLVAREZ, F.: «María, “Planeta de Lusitania”. Felipe II y Portugal», en *Felipe II. Un monarca y su época. La monarquía hispánica*. Exposición del Real Monasterio de El Escorial, Madrid, 1998, pp. 105-115.

de la conveniencia de la posesión de Portugal desde un punto de vista defensivo, por presentar unas costas por donde podían penetrar las potencias extranjeras del norte y con ellas la herejía. Los problemas que se derivaban de la unión de tan extensos territorios suponían, entre otras consecuencias, la de las enormes cargas económicas. Para Fernández de Navarrete, los pechos y tributos con los que se carga a la población de Castilla significan que es ésta «la que más contribuye para la defensa y amparo de todo lo restante de la Monarquía; porque no sólo da para el sustento de la Casa Real y para asegurar las costas de España, sino también para presidar a Italia, sustentar las fuerzas de África, reducir a Flandes y socorrer príncipes extranjeros. [...] Con todo eso parece justo que, repartiéndose las cargas en proporción, quedará por cuenta de Castilla el sustentar la Casa Real, guardar sus costas y la carrera de Indias, y que Portugal pagara sus presidios y las armadas de la India oriental, como lo hacía cuando no estaba incorporado con Castilla»<sup>3</sup>.

La necesidad de abordar el problema defensivo de los territorios de la Corona llevó a Felipe II a desarrollar amplísimos programas constructivos de fortificaciones, no solamente del territorio peninsular sino también del vasto Imperio Colonial<sup>4</sup>. Se sirve el Rey para ello, del auxilio de numerosos ingenieros, muchos de ellos de origen extranjero, fundamentalmente italiano, como Juan Bautista Calvi y J. B. Antonelli, y otros que se citan más adelante, que en diferentes momentos insistirán, sobre todo, en la protección de las costas<sup>5</sup>.

Estos momentos en que se producen los planteamientos generales de protección del territorio son consecuencia de una intensa labor de carácter teórico por parte de los tratadistas, que intentaban buscar soluciones a los nue-

---

<sup>3</sup> FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, P.: «Conservación de Monarquías», Madrid, 1626, Biblioteca de Autores Españoles, v. XXV, p. 460, en GARCÍA CÁRCEL, R.: *Las culturas del Siglo de Oro*, Madrid, 1999, p. 211.

<sup>4</sup> Respecto al problema de las fortificaciones en época de Felipe II, ver, entre otros: CÁMARA MUÑOZ, A.: «La arquitectura militar y los ingenieros de la Monarquía española: aspectos de una profesión (1530-1550)», *Revista de la Universidad Complutense*, n.º 3, 1981, pp. 255 y ss.; «Fortificación, ciudad y defensa de los reinos peninsulares en la España imperial. Siglos XVI y XVII», en Cesare DE SETA y Jacques LE GOFF (eds.): *La ciudad y las murallas*, Madrid, 1991, pp. 89-112; «La fortificación de la Monarquía de Felipe II», *Espacio, Tiempo y Forma*, VII, II, 1989, pp. 73-80; «El papel de la arquitectura militar y de los ingenieros», en VV.AA.: *Felipe II y el Arte de su tiempo*, Fundación Argenteria, Madrid, 1998, pp. 383-400; *Fortificación y ciudad en los territorios de Felipe II*, Madrid, Nerea, 1998.

<sup>5</sup> Ver entre otros GARCÍA PEÑA, C.: «Las ciudades del Estrecho que vio Anton van den Win-gaerde», *Tiempo y Espacio en el Arte* (Homenaje al profesor Antonio Bonet Correa), tomo I, pp. 211-231, Madrid, 1994.

vos aspectos del problema ataque-defensa derivado de los progresos de la artillería. El principio general que informaba la nueva concepción de las fortalezas era el alejar las piezas de artillería enemiga de las mismas. Para ello se ordenaron series de obstáculos ante las murallas: «Por este motivo se levantó ante el foso un terraplén exterior en pendiente, el glacis que daba protección a la estrada o camino cubierto que corría entre el borde exterior de la contraescarpa y éste terraplén [...]. El sistema abaluartado dejó en desuso la muralla flanqueada de torres. El sistema se prestaba a gran número de combinaciones adaptables a la condición de cualquier defensa. Las ciudades modernas necesitadas de protección se rodearon de un recinto amurallado de contorno poligonal en donde cada cara formaba un frente abaluartado, la unidad del sistema. Dentro de estos recintos las plazas fuertes podían resistir indefinidamente el asedio de los ejércitos dotados de artillería, volviendo de nuevo a tener ventaja la defensa sobre el ataque»<sup>6</sup>.

Aunque el primer tratado de fortificación escrito en español, el de Cristóbal de Rojas, se edita en 1598, desde mucho antes se habían ido incorporando a la práctica de la arquitectura los progresos de las defensas abaluartadas poligonales (Fig. 1). «El plan de Felipe II, formulado por Tiburzio Spannocchi y concretado parcialmente por los Antonelli, buscaba integrar el conjunto de ciudades-puerto fortificados con las funciones de recepción, almacenamiento, protección y distribución que comprendía el circuito comercial marítimo y terrestre. [...] Es decir, que cada sistema unitario (la ciudad por ejemplo) debía defender su propia situación pero a la vez articularse orgánicamente con el sistema general»<sup>7</sup>.

Aunque el texto citado se refiere específicamente a un enclave americano —la isla de Cuba—, su insularidad incide en una problemática semejante, y ofrece todos los matices que seguramente debieron concurrir, aunque a menor escala, en la situación de otros territorios de la Corona, como el de la isla de Santiago. Ésta, la principal del archipiélago de Cabo Verde, fue descubierta en 1460 por los portugueses<sup>8</sup>, y en 1587, años después de la ane-

<sup>6</sup> FERNÁNDEZ CANO, V.: *Las defensas de Cádiz en la Edad Moderna*, Sevilla, CSIC, 1973, pp. 5-7.

<sup>7</sup> GUTIÉRREZ, R.: *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*, Cátedra, S.A., Madrid, 1983, p. 21.

<sup>8</sup> MONTEIRO, Julio: «Un problema histórico. A descoberta das primeiras ilhas de Cabo Verde», *Cabo Verde. Boletim de Propaganda de Informação*, Praia, 1951, año II, n.º 20, pp. 26-32; y CARREIRA, A.: «A capitania das ilhas de Cabo Verde (Organização civil, eclesiástica e militar, séculos XVI-XIX – Subsídios)», *Revista de História Económica e Social*, Lisboa, n.º 19, 1987, pp. 33-76.

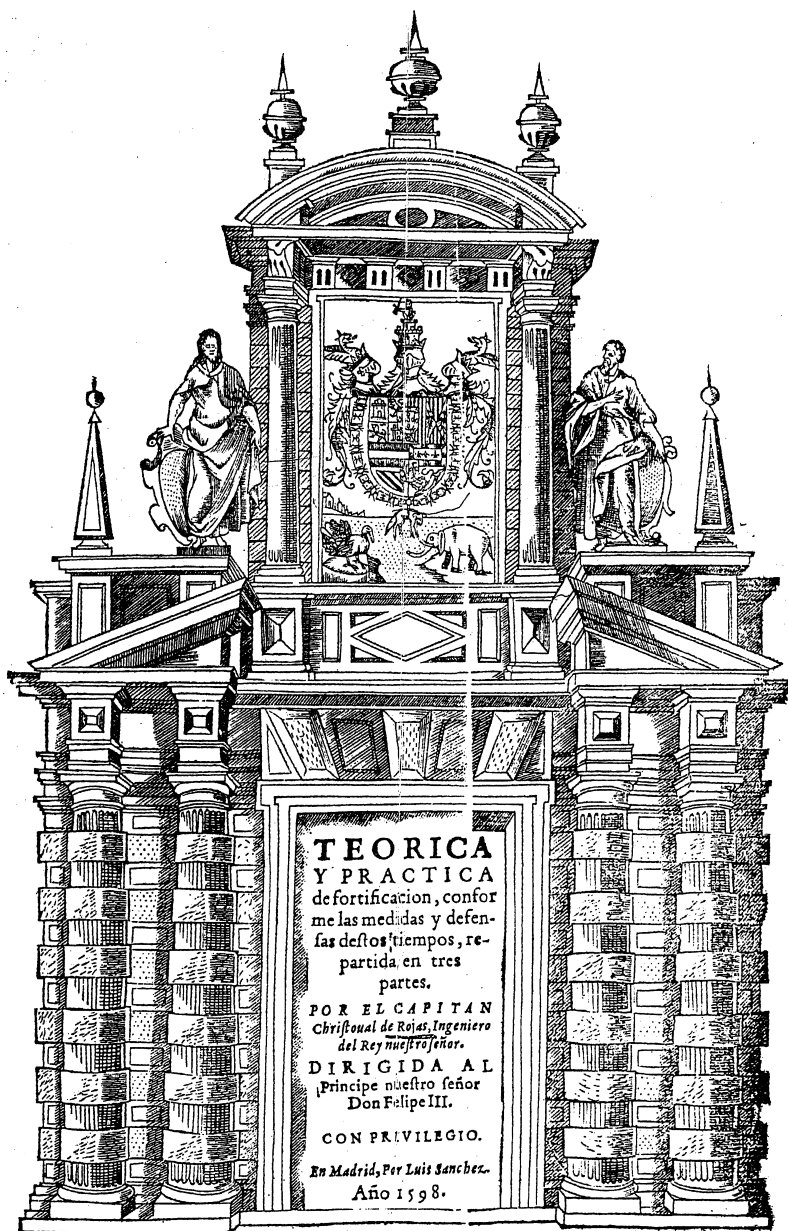


Fig. 1. Portada del Tratado de Cristóbal DE ROJAS *Teórica y Práctica de fortificación*, 1598 (apud A. CÁMARA).

xión del Reino de Portugal, hubo de ser fortificada de forma urgente, a consecuencia de los ataques perpetrados por la piratería contra su floreciente capital, Ribeira Grande, hoy conocida como Cidade Velha.

La ciudad tuvo gran importancia estratégica y administrativa, aunque este último carácter se debiera más bien a haberse allí fundado un obispado en 1532, por decisión de don João III; la ciudad nunca alcanzó, no obstante, un desarrollo de población mayor de 2.000 almas. Un piloto anónimo de mediados del siglo XVI atribuía a Cidade Velha quinientos fuegos y «*boas casas de pedra e cal habitadas por infinitos cavalheiros Portugueses e Castelhanos*». Muchos restos de esta arquitectura debían quedar todavía a principios del siglo XIX, cuando el ingeniero de obras públicas de Cabo Verde, Chelmicky, hablaba de sus casas «*acasteladas ao gosto do século XVI*», según él como resultado de la combinación de elegantes elementos mudéjares («arabescos»), góticos, soberbias columnas y blasones sobre las portadas<sup>9</sup>.

Cidade Velha fue una de las primeras ciudades fundadas por los navegantes portugueses en sus rutas atlánticas y, desde luego, la primera del actual territorio de la República de Cabo Verde, compuesto de seis islas mayores y cinco islotes.

El origen volcánico, la sequedad de clima y el accidentado relieve producen suelos líticos poco adaptados para la agricultura, siendo solamente cultivable una décima parte de las tierras, sirviendo otro 7% de la misma para alimentar el ganado vacuno y ovino. El régimen torrencial de lluvias propició la existencia de profundos valles creados por la fuerte erosión. En uno de éstos está situada la antigua capital.

Esta situación de sequedad aparece en contraste con lo que, hacia 1550, afirmaba el desconocido piloto que visitó Ribeira Grande, diciendo que allí había un caudaloso río que discurría entre numerosos jardines, con naranjales, cidras, limoneros e higueras, y que hacía algunos años se estaban plantando cocoteros y que también se producían hortalizas de todas clases, que se cultivaba arroz y algodón, y que de este último se obtenían paños listados de colores que se exportaban a la Costa de África<sup>10</sup>.

---

<sup>9</sup> *Operación Cidade Velha. Nota histórica sobre Cidade Velha*, Praia, 1987. Informe firmado por los arquitectos DELGADO y SPENCER. Archivo Histórico Nacional de la República de Cabo Verde (en adelante, A.H.N.C.V.).

<sup>10</sup> CARREIRA, A.: *Panaria Cabo-Verdiano-Guineense. Aspectos históricos e socioeconómicos*, Lisboa, 1968/1969.

Por su parte, un padre jesuita presentaba a principios del siglo XVII este panorama: «Esta isla de Santiago tiene 19 leguas de largo y de 10 a 12 de ancho. Está a 14° y dos tercios, muy accidentada y con grandes pendientes; no llueve en ella (f.º 130) sino en los meses de Agosto, Septiembre y Octubre que es su invierno. Es por ello fertilísima porque tiene valles fresquísimos y abundantísimos de toda variedad de frutas, y mantenimientos de tierra: durante todos los meses del año da melones excelentes, produce una buena cantidad de azúcar; muchas carnes, y de toda clase: gallinas en gran número, mucha crianza de caballos [...] está mal situada por el sitio [...]: teniendo luego de allí a dos leguas una villa, que se llama la Praia pobre de casas, pero muy notablemente aventajada por el sitio, aires y puerto y las demás comodidades para que la gente pueda vivir...»<sup>11</sup>. La relación referida anuncia lo que había de ser el destino futuro: abandono de la vieja ciudad en beneficio de la más capaz localidad de Praia, su actual capital.

También el capitán Diego Flórez de Valdez escribía al rey, el 24 de enero de 1582, que Ribeira Grande es lugar de «mucho trato, y á donde podrá vuestra Majestad acrecentar mucho su Real hacienda, por el trato y comercio que hay en ella de la costa de Guinea y, de aquí a las Indias del Poniente de esclavos»<sup>12</sup>. Por su parte, Francisco de Andrade, Sargento Mayor de la isla, dos días después de haber escrito Flórez, informaba en su relación de que había en la isla «*açuqares e algodão, e gados de toda sorte e mântimentos de milho en abundança, que se carreguão pera outras partes, de que paguão somente dizimo a Deos, e o quarto e vintena do que trazem de Guiné*»<sup>13</sup>.

Desde muy pronto las islas jugaron un importante papel económico para la corona portuguesa y en su momento para las dos coronas peninsulares unidas. La aportación al concierto económico se basó fundamentalmente en el comercio de esclavos. Frente a la explotación agrícola que se dio en otros ámbitos coloniales, el apresamiento de indígenas fue importantísimo en la

<sup>11</sup> GUERREIRO, Fernão: *Relação annual das cousas que fezeram os Padres da Companhia de Jesús... na Índia Oriental, Brazil, Angola, Cabo Verde, Guiné nos annos de 1602 e 1603*, Lisboa, 1605. (Traducción libre).

<sup>12</sup> BRASIO, P. A.: *Monumenta Missionaria Africana. África Occidental*, Serie 2.ª, II vol. 1500-1569 (1963) (s.l.), p. 94; tomado de *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, del Marqués de la Fuensanta del Valle, don José Sancho Rayón y don Francisco de Zubáburu, Madrid, 1889, tomo XCIV.

<sup>13</sup> Archivo General de Simancas (en adelante, A.G.S.), *Guerra Antigua*, Leg. 122, f.º 180 y ss., en BRASIO, P.º Antonio: *op. cit.*, pp. 97-107.



costa africana desde Marruecos a Angola: «Pero, el principal surtidor de esclavos fue el área de la costa y Ríos de Guinea. Allí llegaron los madeirenses y establecieron, en Santiago y después en Santo Tomé, un importante almacén para este comercio con destino a su isla. Pero más tarde, prolongaron sus intereses al tráfico transatlántico»<sup>14</sup>.

En Santiago, como en otras islas, la esclavitud tuvo extraordinaria importancia en la composición y desarrollo poblacional, debiendo distinguirse entre los esclavos residentes y los de rescate, es decir, los que estaban en tránsito para ser vendidos en diversos lugares.

Otro factor de importantes repercusiones, tanto en lo económico como en el funcionamiento de las islas y en relación con la riqueza derivada del comercio de esclavos, fue el fenómeno de la piratería, muy semejante al del corso marítimo. Ambos términos suelen confundirse y a veces se usan de forma indistinta, no sólo en la actualidad sino en los documentos de cualquier época. La diferencia estriba, en esencia, en que el corsario actúa con una cierta permisividad y a veces impulso de la corona de cualquier país, lo que convierte a su agresiva ocupación en un negocio para-oficial; por el contrario, el pirata actúa siempre por iniciativa propia, suele carecer de motivaciones patrióticas, religiosas o de cualquier otra índole que no sea el beneficio personal.

Es necesario observar, no obstante, que ingleses, franceses y más tarde holandeses interfirieron las rutas marítimas para aprovecharse del rico tráfico entre las colonias americanas y las metrópolis respectivas, y que tras la unión de las coronas peninsulares arreció la violencia y frecuencia de estas actividades como represalia por lo que los países europeos entendieron como una amenaza contra su comercio. Es justamente el tratar de contrarrestar la acción destructiva de la piratería la que determinó construir fortalezas costeras para la protección de las rutas comerciales.

Expediciones armadas de Francis Drake, del conde de Cumberland, John Hawkins, Martin Fosbinder, Thomas Howard, Richard Greenville, el conde de Essex, Manuel Serradas y Jacques Cassard, jalonaron todo el final de siglo y continuaron hasta mucho más tarde. La situación de peligro que experimentan las islas a causa de su estratégica posición, sufriendo sucesivos ataques de Drake, la recoge en su biografía del Rey Prudente, de 1619, Cabrera de Córdoba, entre otros historiadores, en el capítulo que dedica a

---

<sup>14</sup> VIEIRA, A.: *Portugal y las islas del Atlántico*, Col. Mapfre, Madrid, 1992, p. 86.

«La navegación y robos que hizo Francisco Draque en las Indias»<sup>15</sup>. Vuelve a referirse a Drake al relatar cómo «en la isla de la Palma le impidieron a viva fuerza la desembarcación. Y robados algunos navíos cargados de vino para las Indias, pasó a las islas de Cabo Verde, ocupó a Santiago, su principal población, ganando algunos fuertes de la playa, embarcó la artillería y hacienda y pareció sobre la isla Española, o de Santo Domingo, a once de enero entre la punta de Santa Catalina y la de Cancedo»<sup>16</sup>.

Muy famosa en la historiografía caboverdiana es la ocupación de la isla por parte del pirata Manuel Serradas del año 1583: «E luego entraron en la zitudad e la saquearon e rrobaron las iglesias e las casas e fortalezas e rrobaron todo lo que avía de dineros, plata, oro, ámbar e otras cosas e canpanas de las iglesias e artillería. E que no sabe cuántas piezas heran. E que las cruces que heran de plata las llevavan abatidas y a la imagen de nuestra Señora de la Conzección, la derribaron en el suelo e le quebraron el braço. E el santo cruzifijo de la iglecia de la Micericordia le echaron en tierra e quebraron los braços e esto le dixerón los de la isla de Santiago»<sup>17</sup>.

Paralelamente a la hostilidad de piratas y corsarios se produjo la intensificación del tráfico entre los reinos peninsulares y las zonas de influencia en América y el Índico, dando cada vez más importancia a la isla de Santiago, que se convirtió en escala obligada de ambas rutas principales. El Puerto de Ribeira Grande adquirió, a mediados del siglo XVI, toda su importancia estratégica y comercial. En este sentido, un documento del Archivo Nacional da Torre do Tombo nos dice: «*Grande escala para os navios e naus da sua Alteza e assim para os navios de São Tomé e ilha do Principe e para os navios que vão do Brasil e da Mina e todas as partes da Guiné*»<sup>18</sup>. También el historiador Ilidio Amaral insiste en la importancia que en el desarrollo de la capital de Ribeira Grande tuvo desde antes el comercio, fundamentalmente el de esclavos: «*Com este comércio [de escravos] muito lucrou a vila, permitindo-lhe entre 1461 e 1497 a acumulação rápida de riquezas e uma época de prosperidade e evolução acentuada*»<sup>19</sup>.

---

<sup>15</sup> CABRERA DE CÓRDOBA, L.: *Historia de Felipe II, rey de España*, Ed. de José Martínez Millán y Carlos Javier de Carlos Morales, cap. XXIII, v. II, p. 913.

<sup>16</sup> *Ibidem*, v. III, p. 1135.

<sup>17</sup> Archivo General de Indias, *Patronato*, 265, R. 38.

<sup>18</sup> Archivo Nacional da Torre do Tombo, *Corpo Cronológico*, I-12-23, de 25 de Outubro de 1512; recogido en VV.AA.: *História geral de Cabo Verde*. Lisboa: Instituto de Investigação Científica Tropical; Praia: Instituto Nacional da Cultura de Cabo Verde, 1991-<1995>, v. 2.

<sup>19</sup> AMARAL, I. do: *Santiago de Cabo Verde: a terra e os homens*, Lisboa, Junta de Investigações do Ultramar, 1964, p. 176.

La actividad muchas veces impune de la piratería puede dar la sensación del abandono de las defensas por parte de la corona. En realidad, Castilla y Portugal contaron con un número y una calidad de naves comparables a los de Gran Bretaña y Holanda. Las flotas ibéricas operaron conjuntamente para la protección de las rutas marítimas, llegando a obtener un relativo control de las costas y sin que ninguna flota transatlántica cayera en poder de los enemigos<sup>20</sup>.

Todas estas circunstancias apuntadas determinaron la necesidad de proteger la ciudad, entendiéndose como prioritario el construir instalaciones defensivas. Pues pareció que eran las barreras arquitectónicas, por su carácter permanente, frente a la relativa fragilidad de hombres y barcos, la solución que era preferible potenciar.

Las fortalezas que se diseñan durante el reinado de Felipe II, muy numerosas, no se acaban, sin embargo, en su tiempo, sino que son el producto de diversas etapas y reinados a causa de la lentitud burocrática y en las obras, debido fundamentalmente a las crisis económicas sucesivas, pero la falta de agilidad del procedimiento se ve compensada con la ventaja de que en el transcurso de las obras podían irse incorporando las novedades que se producían en la arquitectura militar.

Juan Bautista Antonelli, en un interesante discurso sobre la fortificación<sup>21</sup>, afirma que España debe protegerse eficazmente, ya que es la cabeza de un Imperio que no podía ser solamente defendido con barcos, sino con fortalezas. En el conjunto defensivo éstas venían a ser las garitas y las atalayas de unas cortinas imaginarias que tenían en ellas sus baluartes.

En lo que se refiere a nuestras islas, los habitantes mulatos y negros de Santiago encarecen en una carta la importancia de que sean todos incluidos en la administración «*porque a terra seria melhor vigiada no campo e não andariam tanto escravos no campo fugidos, e a terra seria melhor corregida e resguardada no campo... e não teriam os escravos fugidos ânimo para se porem em quadrilha, a virem fazer danos*»<sup>22</sup>. El mismo Antonelli señala que resulta

---

<sup>20</sup> PARKER, G.: «Poner una pica en Flandes: la guerra y Felipe II», en *Felipe II. Un monarca y...*, pp. 291-307.

<sup>21</sup> CÁMARA, A.: «Fortificaciones y control del territorio», en *Felipe II. Un monarca y su época. Las tierras y los hombres del Rey*, Madrid, 1998, pp. 121-133. Las ideas esenciales de este apartado proceden de escritos de esta autora.

<sup>22</sup> PEREIRA, A.: *Marcos cronológicos da Cidade Velha*, Lisboa, Instituto Caboverdiano do Livro, 1988 (Anexo 1), p. 101.

más eficaz en estos casos tener sujeto al reino a través del dominio de las voluntades más que el medio que supone la amenaza potencial de las ciudadelas. Para él lo que hay que contrarrestar es al enemigo exterior, que identifica con los ingleses.

Dadas las circunstancias en que se había producido la incorporación de la Corona portuguesa y el carácter intervencionista y curiosidad universal del Rey, era lógico que él mismo actuase, tomando decisiones sobre obras de fortificación en los territorios del nuevo reino como ocurrió en los casos de los fuertes de San Felipe en Setúbal, de San Juan en Lisboa, de Cascaes y otros. Por su parte, la imperativa necesidad de defenderse propició el desarrollo teórico y material del arte militar. El escrito de Cristóbal Lechuga proponía, en 1611, la creación de una Academia de Ingenieros y argumentaba la utilidad de éstos porque proporcionaban la «satisfacción de seguridad, que no tiene precio ni se lo puede dar ninguno»<sup>23</sup>.

Es en el siglo XVI cuando se desglosan con claridad las tareas propias del ingeniero y la especificidad de sus funciones se va perfilando frente a la indefinición profesional de otras épocas. El que su formación debía ser completa —idea de progenie vitrubiana y albertiana— se pone de manifiesto cuando se define el concepto de que la defensa ha de hacerse según planes coordinados y atendiendo a necesidades globales de la monarquía. Por ello la formación del ingeniero debe ser rigurosa y científica<sup>24</sup>.

El armónico efecto que producen muchas de las fortificaciones filipinas y posteriores está en clara relación con el cuidado y la perfección matemática de sus trazados, que eran resultado de la compleja formación de sus autores.

La propia misión de proporcionar informes globales exigía esta formación. Uno de los ejemplos más expresivos al respecto lo proporciona Juan Bautista Calvi (muerto en 1565) en su *Informe* sobre las necesidades de la fortificación de los reinos de España, Islas y Plazas del Norte de África. Otro *Informe* de esta naturaleza es el citado de 1569, que emite Juan Bautista Antonelli, que proporciona, a través de su idea de rodear el reino con torres, la visión del perímetro del territorio como una corona defensiva. Veremos cómo el sistema de

---

<sup>23</sup> LECHUGA, C.: «Discurso... en que se trata de la artillería... con un tratado de fortificación...», Milán, 1611, p. 276; en CÁMARA, A.: *La arquitectura militar y los Ingenieros...*

<sup>24</sup> Entre otros, ver: SUÁREZ QUEVEDO, D.: «Racionalidad y concepción classicista de la ingeniería militar bajo Felipe II», en *La visión del mundo clásico en el arte español*, Departamento de Historia del Arte «Diego Velázquez», Centro de Estudios Históricos, CSIC, 1993, pp. 105-116.

fortificaciones interrelacionadas de Cidade Velha obraba en un sentido muy semejante al de Antonelli en su acción concatenada.

La importancia creciente del papel del ingeniero en los reinos hispanos y la abundancia de los cometidos que se le atribuyen fueron determinantes para regularizar su formación, que quedó garantizada a partir de la creación de la Academia de Matemáticas de Madrid por Juan de Herrera, en la que se impartieron clases desde 1583. Más adelante, en 1605, Tiburzio Spannocchi revelaba en un nuevo informe el conjunto de sus experiencias y conocimientos sobre la defensa territorial. Cuando hace el recorrido por las fortalezas peninsulares, se refiere también a la de la barra de Lisboa, que conoce directamente ya que en 1589 había estado en Portugal inspeccionando e informando a la corona acerca de diversos lugares fortificados.

Fundada por los primeros pobladores de la isla, Cidade Velha empezó súbitamente un proceso de desarrollo que, desde finales del siglo XV, reprodujo estructuras domésticas similares a las de la metrópoli. Incluso esa similitud se debía en parte al empleo de materiales provenientes también de allí, como revela el documento antes citado: «*Com pedra da Metrópole se foi edificando uma aglomeração colonial, de estilo português, com a sua praça e pelourinho junto do mar, Rua Direita, etc., protegida por uma linha de baluartes e muralhas. As casas eram ben construídas, de pedra e cal, habitadas por numerosos portugueses e castelhanos, alguns de boa linhagem. Uma carta da Câmara da Ribeira Grande para o Reino, com data de 15 de Abril de 1626, dá uma descrição minuciosa da que já então era cidade: “há nella tres Bairros e duas Ruas pelo meyo d’elles, a saber, o de são Sebastião, o de São Braz, e o de Sam Pedro, as Ruas são a de são Pedro até o porto onde sorgem os navios, e a outra he a da Rua da carreira e a Rua da Banana onde a gente desta Cidade se accommodation medianam.<sup>te</sup>”*»<sup>25</sup> (Fig. 2).

Por otra parte, la configuración del terreno no hizo preciso el rodear de muralla todo el recinto de forma continua, ya que la pendiente de los macizos laterales que la flanquean constituyen una defensa natural frente a visitantes indeseados. Por su parte, la importancia comercial del puerto se vio dificultada por la existencia de bajíos que comprometían el atraque de los navíos, lo que determinó que pronto empezase a ceder ante la mejor ubicación del de Praia, donde a partir de 1770 se trasladó el Gobernador, con las consiguientes

---

<sup>25</sup> AMARAL, I. do: *op. cit.*, p. 176. En el texto el autor recoge el documento antes citado del piloto anónimo, de mediados del XVI, y el del *Arquivo Histórico Ultramarino* (en adelante, A.H.U.), Cabo Verde, Caixa 1, 1606 a 1638.

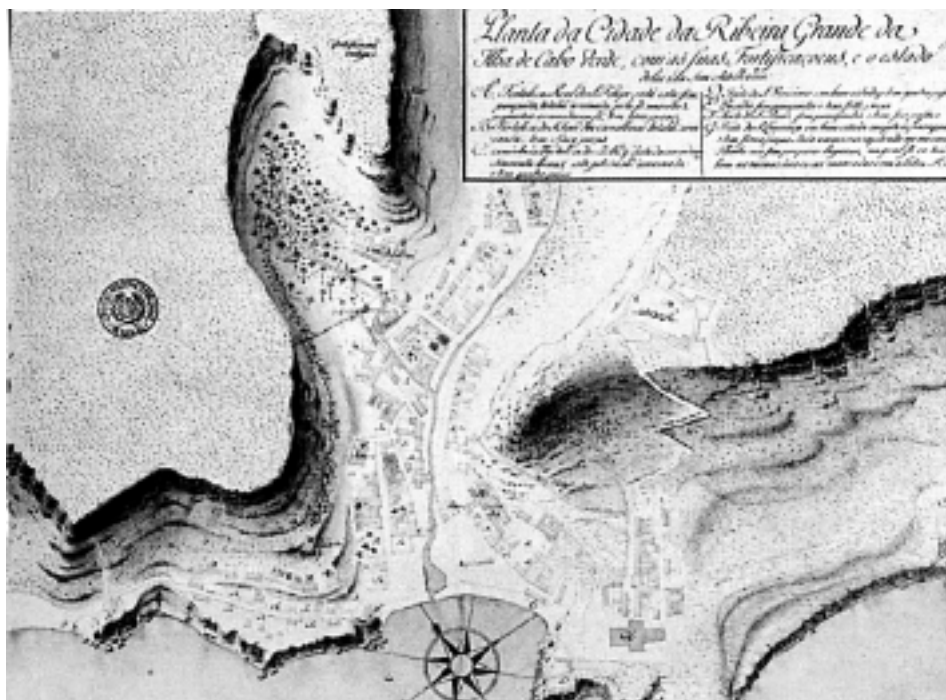


Fig. 2. «Planta da Cidade da Ribeira Grande da Ilha de Cabo Verde com as suas fortificações, e o estado delas e da sua artilharia...», António Carlos ANDREIS, 1769 (*apud Espaços urbanos de Cabo Verde*).

consecuencias administrativas. Sin embargo, estas dificultades impidieron o entorpecieron la arribada súbita de un número elevado de navíos enemigos.

No todo fueron inconvenientes en la disposición del puerto de Cidade Velha, pues la misma dificultad de atraque de los barcos determinó el que no pudiesen acercarse súbitamente en número elevado, lo que contribuía a beneficiar a la defensa de la costa.

Situada sobre un macizo rocoso al N.E. del sitio, la Real Fortaleza de San Felipe domina desde su altura la ciudad y el puerto. Constituía el elemento clave de una cadena de fortificaciones que se escalonaban a lo largo del borde marino con los fuertes de San Lourenço y de San Braz, en el lado occidental de la ribera, y los de Presidio, San Verissimo, San João de los Cavalleiros y San Antonio, a lo largo del lado opuesto (Fig. 2). Esta sucesión de baterías unidas en parte por cortinas de muralla formaba un frente bastante compacto para

asegurar la eficacia de la defensa de la costa. El funcionamiento del sistema defensivo queda quizá más claro en cuanto a la disposición de sus elementos en el plano de António Carlos Andreis, de 1778<sup>26</sup>. En él se delimitan los emplazamientos de fortines situados a lo largo de la costa desde el de San Antonio hasta el de San Lorenzo, cubriendo los puntos de mira estratégicos, o el juego de los lienzos de muralla que cierran la estructura urbana por donde la ciudad era accesible. Como elemento visual de primer orden y como broche dominante final de la defensa, está la Fortaleza Real, cuya superficie intramuros constituye el conjunto más amplio de toda la arquitectura de Ribeira Grande (Fig. 3).

La historia de la defensa de Cabo Verde no puede obviar la figura del ingeniero Andreis, ya que el conocimiento que tenemos, no sólo del aspecto de la ciudad sino también de la propia fortaleza, se le deben. De António Carlos Andreis, ingeniero y también notable cartógrafo, sabemos que tuvo una dilatada actividad en la zona del Alentejo, sobre todo en instalaciones militares como el almacén de pólvora de Santa Bárbara de Estremoz, construido en 1736 por orden del gobernador militar de la provincia, D. Duarte António da Cámara, futuro marqués de Tancos. Por esa fecha alcanza el grado de Sargento Mayor de Ingenieros, y por orden de João V participa en la construcción del más importante almacén de guerra del reino, en el Castillo de Estremoz.

En el mismo lugar, en 1742, ya con el grado de Capitán de Infantería, con empleo de ingeniero, dirige las obras de una Sala de Armas del Ejército de la Provincia del Alentejo.

Andreis fue ayudante del arquitecto de los Pazos de la Ribera y trabajó con Eugenio dos Santos y Carlos Mardel en la reconstrucción de Lisboa, después del terremoto de 1755.

La fortaleza Real se adapta en su configuración a la forma del terreno en el que se asienta, adoptando un perímetro irregular que podría inscribirse en un triángulo (Fig. 4).

El flanco N.W. es el más escarpado, con una caída vertiginosa que hace inaccesible el lugar por este lado; por ello el perímetro se completaba aquí con un muro de piedras sueltas, que estaba muy arruinado, y que ha sido preciso reforzar para evitar su desintegración y desaparición del saliente abaluartado que ocupa la zona media.

---

<sup>26</sup> «Planta da cidade da Ribeira Grande citta na costa do S.O. da ilha de Santiago de Cabo Verde». A.H.U., Col. Cartografía Ms. 9.IV. CM. 124, en el informe de SOUSA LOBO: *O sistema defensivo da Cidade Velha na Ilha de Santiago. Relatório da Missão à República de Cabo Verde*. 26-30 de abril de 1995. Instituto Português do Património Arquitectónico e Arqueológico, Lisboa, 1997.

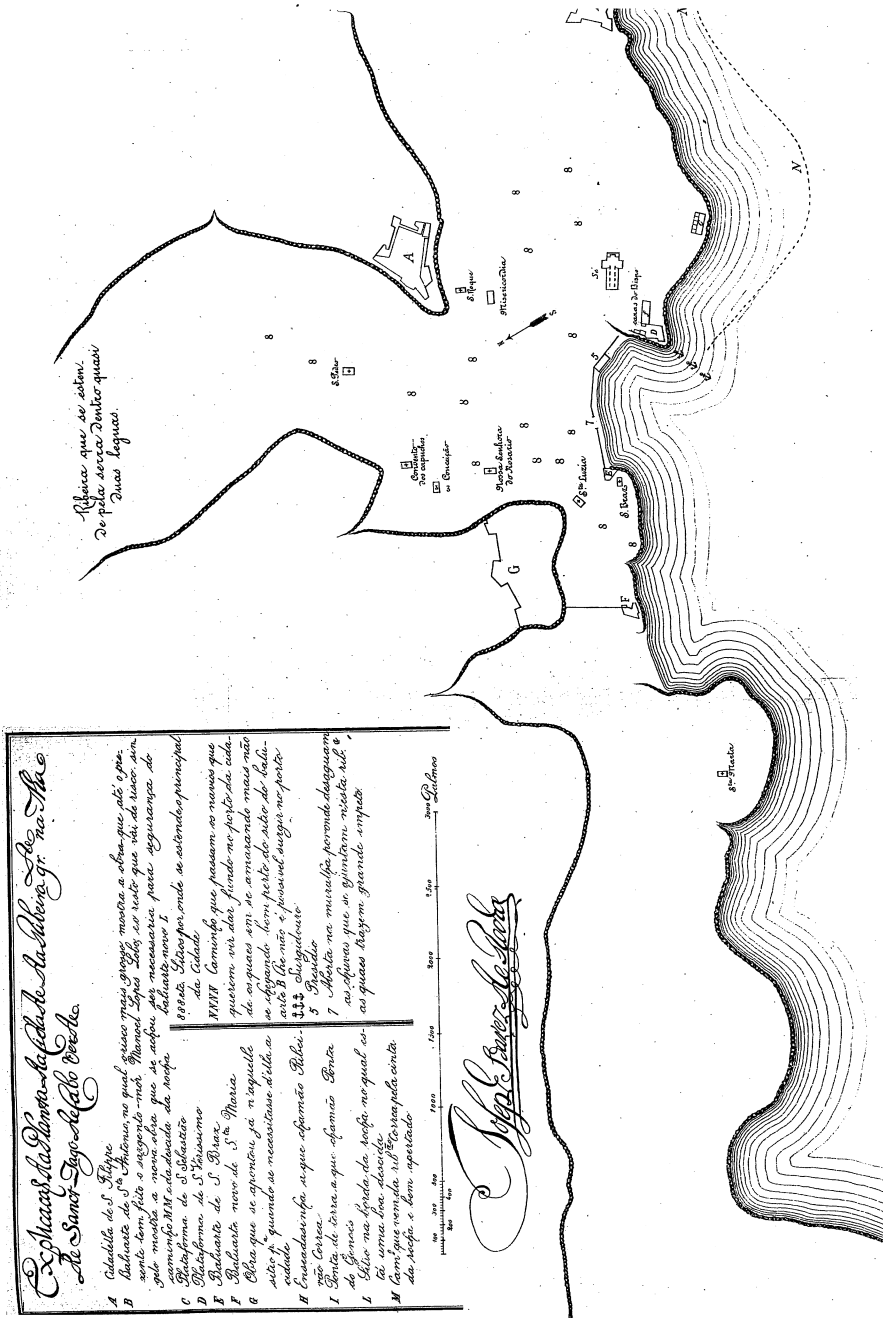


Fig. 3. «Explicação da planta da Cidade da Ribeira Grde. Na ilha de Sanct. Jago de Cabo Verde» (apud SENNA BARCELLOS).



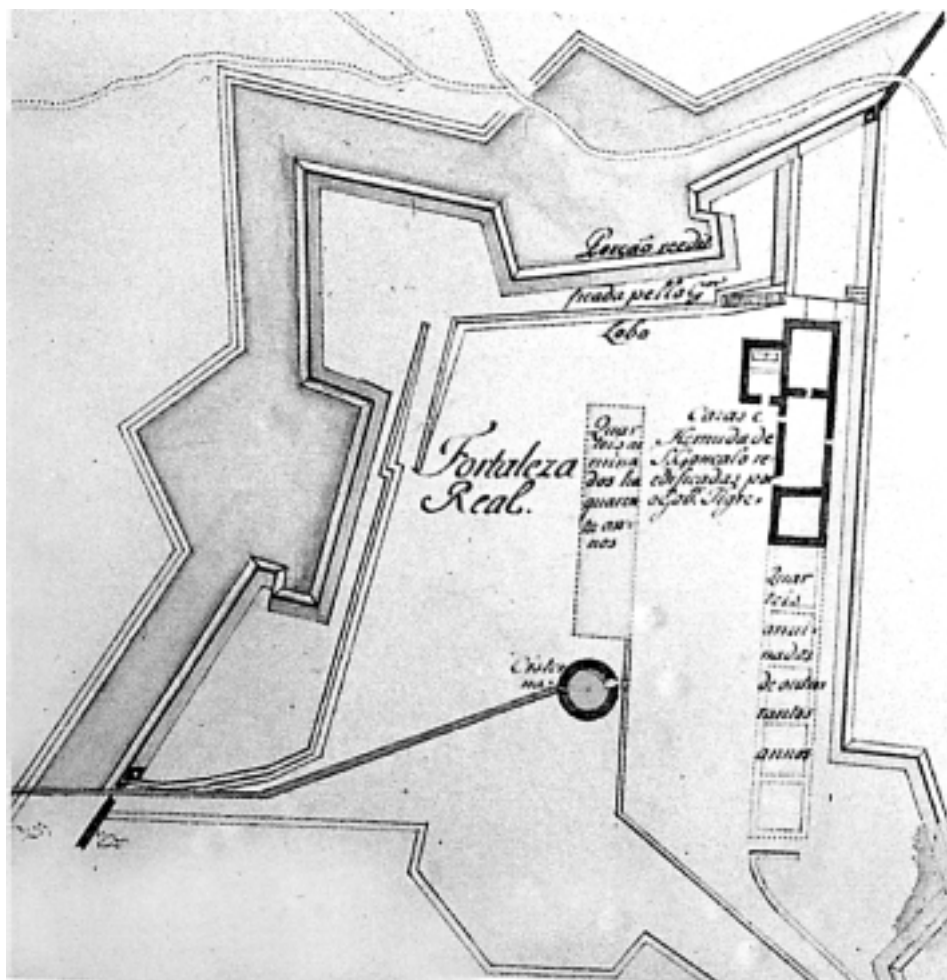


Fig. 4. «Fortaleza Real», António Carlos ANDREIS, c. 1778 (apud *Espaços urbanos de Cabo Verde*).

Por su descripción en algunos documentos se pensó que los materiales que constituían este muro no estaban unidos con argamasa para así poderlos utilizar como proyectiles sobre los eventuales atacantes de la fortaleza por este flanco. Es posible que los que defienden la idea del muro suelto se basen en la carta enviada por Diego Flórez Valdez al rey en enero de 1582, en que dice: «*O modelo que envio a Vossa Magestade dos Fortes e baluartes poderão ser feitos por muito pouco custo, porque se podem fazer com pedra tosca e sem argamassa, sem que sejam de cantaria lavrada porque não há razão para que a tenham, porque não hao de ser batidas de nenhuma parte, senão apenas para defender as portas: e far-se-ão com facilidade porque há abundância de pedra*»<sup>27</sup>. Estos «modelos» se refieren claramente a los elementos subsidiarios de la defensa, fuertes y baluartes, en general. Seguramente el conjunto de la Fortaleza Real de San Felipe se haría siguiendo estas pautas que abarataban y facilitaban la construcción, tal como proponía Flórez. Pero ya desde 1620, sólo veintisiete años después de terminadas las obras, se tuvieron que pedir subsidios para sus reparos, informando Francisco de Tavora, almirante de la isla, «*que a fortaleza merecia ser reformada de pedra e cal, n'alguns pontos, substituindo a pedra e barro; reparar-se os baluartes que estão ao longo do mar e o da villa da Praia, e com as mais obras que estão feitas, ficcava a ilha em estado de se defender, principalmente hoje que alli se faz cal, podendo-se fazer obras de muita dura*»<sup>28</sup>. Creemos más razonable, dada la situación inestable del muro de la *achada*, que si en principio tuvo su aparejo unido con piedra y barro, que se afianzase con cal, como se ha hecho actualmente, material ahora accesible en la isla, ya que era muy improbable que nadie se atreviese a escalar una pared rocosa, casi vertical, con un desplome de unos ochenta metros. Respecto a la naturaleza del aparejo de las fortalezas hay que tener en cuenta que ya desde principios de la Edad Moderna se prefiere un muro más blando y menos trabado en sus elementos, dado que los impactos de la artillería podían hacer menos daño que cuando el muro estaba compuesto de materiales más cohesionados. La absorción de los disparos fue una de las constantes que se manejaron en la arquitectura defensiva posterior.

La forma del que apenas puede llamarse baluarte, en el centro de este mismo lado, no es en realidad tan regular como aparece en los planos del siglo

---

<sup>27</sup> PEREIRA, D. A.: *op. cit.*, p. 54.

<sup>28</sup> SENNA BARCELLOS, Ch. J.: *Subsidios para a história de Cabo Verde e Guiné*, Lisboa, Academia Real das Sciencias de Lisboa, 1899, v. 1.

XVIII. Su forma disimétrica se adapta al borde rocoso donde se asienta, que muy bien ha podido experimentar cambios en su trazado por los desprendimientos de piedras en esta zona.

El lado sudoeste presenta un trazado más rectilíneo, formado por una larga cortina que corre hasta el baluarte oeste.

Este baluarte del lado sudoeste no resulta muy completo con sus tres lados, pero resultaba eficaz por su amplia plaza de armas, sobre un terreno bastante escarpado que además daba a la zona de la ciudad desde donde no parecía probable que viniese ningún peligro exterior. Actualmente reparado en la intervención portuguesa de los años 60, su deterioro se hace manifiesto en planos del siglo XVIII como el de Antonio Carlos Andreis<sup>29</sup>.

En el extremo opuesto del mismo lado se abre una puerta entre el baluarte y el abismo, que debía estar protegida por una garita, elemento característico de multitud de fortalezas de la época y presentes en las otras esquinas de la nuestra. La prospección arqueológica permite advertir una serie de estancias de muy reducido tamaño, algunas de las cuales semejan pozos cuadrados y que deben responder a las funciones de cuerpo de guardia y calabozos, datables en época anterior a las series de planos del siglo XVIII de los que solamente en uno aparecen, en forma muy simplificada, estructuras construidas en este punto<sup>30</sup>.

El lado oriental era el más difícil de defender a causa de la relativa planitud del terreno. Es aquí donde se extreman todos los recursos de la arquitectura militar de la época que, sin duda, experimentó alguna modificación en sentido modernizador a lo largo de la historia de la fortaleza. De hecho es éste el lado más profusamente articulado y donde mejor pueden entenderse los fundamentos del sistema de fortificación abaluartado. La parte media de este costado lo ocupa un baluarte completo cuyo agudo espolón avanza hacia la llanura por donde circulaba el camino de acceso desde la no muy lejana ciudad de Praia que, como advertimos, había comenzado a hacer la competencia a Ribeira Grande, a causa de la mejor adecuación de su puerto para el atraque y abastecimiento de buques.

Todo este baluarte central aparece coronado por un sólido parapeto con troneras y merlones alternantes que podían albergar hasta ocho piezas de artillería que eran del calibre 18, según la documentación aportada por Senna Bar-

---

<sup>29</sup> A.H.U., Col. Cartografía Manuscrita. 12. IV. CM. 127. (c. 1778).

<sup>30</sup> Ver el lado derecho de la Fig. 4.

cellos<sup>31</sup>, aunque actualmente las piezas que se conservan en la fortaleza y su entorno, hoy custodiadas en el interior del recinto, son de variados calibres. El estado de conservación actual es producto de una extensa restauración realizada por las autoridades portuguesas, que veían cómo la fortaleza de San Felipe «*tendo resistido até agora ao abandono de séculos*» y que «*na poderosa expressão da sua traça representa não só o símbolo vivo da urbe desparecida como acorda a memória de toda uma época impressionante da história das ilhas, sob um dos mais graves períodos da vida nacional*»<sup>32</sup>. En una foto de 1959 podemos tener una cabal idea de hasta qué punto la intervención fue importante. Ni los baluartes ni la cortina que se extiende entre ellos conservan en ese documento más que fragmentos del parapeto construido por encima del bocelón horizontal que recorre toda la parte superior de la muralla y que marca visualmente la diferencia con el coronamiento de sus estrictos volúmenes. La existencia de una garita rematada en techumbre piramidal sobre la puerta del lado noreste permite justificar la utilización en otros puntos de este mismo recurso defensivo donde no existían, con preferencia a la forma cilíndrica y volada que también se utilizó durante los siglos XVI a XVIII como alternativa común a muchas fortalezas peninsulares y a numerosísimas en los dominios ultramarinos de ambas coronas.

Separados por cortinas de muralla, existía en la parte más meridional un baluarte cuya mitad superior estaba constituida por un caballero, en cuya plaza de armas estaba situado un cañón y una mitad inferior que comunicaba con el largo camino de ronda que conducía al otro baluarte que protegía el acceso a la fortaleza antes referido. La extensa intervención llevada a cabo en los años 60 ha desvirtuado, en parte, la comunicación entre estas dos zonas desde el interior de la fortificación.

En el extremo de este baluarte suroriental, un muro exterior, a modo de coracha, llegaba hasta el abismo, controlando el paso mediante una puerta en arco abocinado. Por él se podía circular desde o hacia la ciudad. Se abre entre el muro de la fortaleza y el despeñadero, independizando así el tránsito hacia la zona urbana y sin comunicación posible con el interior de la fortificación. El precario estado de conservación de su rosca y jambas determinaron la respetuosa consolidación de su estructura en la reciente intervención española (Fig. 5).

---

<sup>31</sup> SENNA BARCELLOS: *op. cit.*, p. 212.

<sup>32</sup> FIGUEIREDO, J. de: «A Fortaleza Real de S. Filipe e o seu restauro», *Cabo Verde. Boletim de Propaganda e Informação*, año X, n.º 113, 1959, pp. 13-25.



Fig. 5. Baluarte sudeste y arco a la ciudad (J. COUSO).

En el extremo más septentrional de esta zona este se abría la otra puerta adintelada, que conducía al interior de la fortaleza. Ambos accesos van protegidos desde la altura por garitas, de cubierta piramidal, que se alzan en los correspondientes baluartes por encontrarse ambas al borde del abismo, lo que facilitaba su defensa. Como puede verse en los antes citados planos del siglo XVIII, la fortaleza adquiere toda su eficacia por la sabia adaptación al agudo espolón que la llamada *achada* de San Felipe proyecta sobre las vertiginosas pendientes. El recurso de llevar las puertas a zonas limitadas por caídas a plomo manifiesta que el único flanco vulnerable era precisamente el de la zona llana del lado de Praia, el otro núcleo urbano —entonces escasamente desarrollado— de la isla. También el medio baluarte sobre la puerta norte estaba guarnecido por cuatro piezas de artillería.

En este frente el sistema defensivo se completaba con un antemuro, barbacana o falsabraga que se alzaba tras un foso seco de escasa profundidad, cuyo trazado está erróneamente interpretado en todos los planos excepto en el titulado «*Planta da Fortaleza real da Cid<sup>e</sup> da Ribra Grande da Ilha de San-*

*tiago de Cabo Verde, com as ruínas aqui indicadas*»<sup>33</sup>. Seguramente ya existía en la primera edificación filipina, y su recorrido ha podido restablecerse a través de la reciente intervención arqueológica española, que ha permitido también restituir, hipotéticamente, un pequeño fragmento de su alzado, como debió ser originalmente.

Aunque la configuración del acceso a la fortaleza, desde Praia, se haya modificado sustancialmente a través de los siglos, es de suponer que la planitud del pedregoso terreno debió ser semejante. Es lógico que se advirtiese como necesario, desde un principio, crear un obstáculo ante las cortinas y baluartes que, al no estar protegidos por un foso profundo, se añadiese esta falsabrega, permitiendo así la circulación en torno al recinto de unos centinelas que, emboscados y a cubierto, pudiesen dar la alarma y disparar.

El aspecto exterior del conjunto de San Felipe sorprende por la bicromía de su aparejo. Tal como en otras construcciones de la antigua Ribeira Grande, hoy también arruinadas, la utilización de cadenas de sillares de caliza porosa y de color amarillento guarnecen todas las esquinas del recinto y constituye el material de jambas y dinteles de las puertas de acceso a la fortificación. En otros edificios de la ciudad se usa este mismo material para enmarcar vanos, fundamentalmente en ventanas, por su agudo contraste visual con los materiales de menor nobleza y calidad que se empleaban en los muros. Hemos de ver aquí un aspecto estético, no suficientemente destacado, de la arquitectura militar del Renacimiento, que se utilizó a veces en las fortificaciones de las ciudades peninsulares e hispanoamericanas.

El conjunto del recinto murado delimitaba el del patio de armas, bastante amplio, en el que quedaban albergadas las construcciones dispuestas a lo largo del flanco sur. Sólo podemos hablar de la evidencia que nos muestran los planos que se conservan desde el siglo XVIII en adelante. Por tanto, no podemos afirmar taxativamente que la disposición de los edificios en el interior de la fortaleza fuese idéntica a la de los que actualmente han dejado en ella los restos de su planta. No obstante, la prospección arqueológica, aunque superficial y rigurosa, ha podido ayudar, en alguna medida, al restablecimiento de las estructuras construidas en el interior de la plaza. Sólo el extremo oriental de las construcciones dedicadas a almacenes de víveres y municiones ha ofrecido la posibilidad, mediante dichas excavaciones, de revelar un nivel de solado que puede corresponder a estructuras del siglo XVI.

---

<sup>33</sup> AHU, Col. Cartografía Manuscrita, 10, IV, n.º 125.

Extrema sencillez, carencia de elementos ornamentales y situación protegida de los proyectiles enemigos serían las características básicas de las zonas de habitación y de servicios de una plaza fuerte, como ocurre en este caso.

Las dos zonas construidas se alinean paralelamente a la cortina larga del lado oeste que da hacia Ribeira Grande, marcando el eje central de la propia plaza otro conjunto de edificaciones siguiendo el mismo eje, a lo largo del desnivel entre los lados norte y sur de la plaza. En el primer bloque aparecen sin solución de continuidad los acuartelamientos de la tropa rematando el conjunto, y en el extremo opuesto la capilla o ermita dedicada a San Gonzalo y las dependencias usadas como vivienda del Gobernador de la plaza. El testero de la ermita no se alinea con la cabecera adyacente de la casa del Gobernador, dando lugar a un estrecho patinillo desde donde arrancaba la escalera de acceso a la muralla. La solución que impuso la restauración de los años 60 no permite asegurar cómo se articulaba la circunvalación a través del camino de ronda.

La existencia de una puerta hacia el lado de la muralla en la habitación central de la casa del Gobernador, tal como aparece en los planos del entorno de 1778, plantea dudas a la hora de situar el muro oriental de esas construcciones. Aunque se ha optado por mantener una solución que garantizara mayor solidez y nitidez de volúmenes. La intervención portuguesa de los años 60 impidió la posibilidad de excavar en los lugares pertinentes para establecer la situación de la estructura en el pasado.

Paralelamente a este eje meridional aparece, en medio del patio, una zona de servicios donde se agrupan almacenes de provisiones de boca y polvorines, con tres espacios enfilados cuya habitación del extremo oriental carece aparentemente de vanos. La situación entre dos cotas del patio determinó la necesidad de reforzar el muro sur mediante un fuerte estribo y dotar al muro de ese lado de una inclinación hacia el interior. Todas las construcciones que acabamos de nombrar debieron ir cubiertas por armadura de madera a par y nudillo con cubierta de tejas.

El punto central del patio lo ocupa la cisterna construida por el gobernador Antonio Vieira (1706-1775) en la primera mitad del siglo XVIII, seguramente en el lugar de otra anterior. El suministro de agua era elemento indispensable para el buen funcionamiento de un recinto fortificado. Ésta se compone de un vaso cilíndrico, cuya parte inferior es subterránea, coronándose por cúpula hemiesférica de ladrillo. La disposición de éstos en hiladas concéntricas sigue un sistema que, a través del mundo islámico, proviene de la arquitectura romana. Toda la parte inferior del muro aparece reforzada por un cinchado. El aprovisionamiento de agua debía hacerse mediante acarreo

hasta una balsa de decantación situada en el exterior y un canal de captación que provenía de alguna zona cercana a la puerta norte y recorría, a cielo abierto, desde esa puerta, la mitad del patio. Hay que suponer que se acondicionaron algunas superficies que vertían hacia el canal para recoger las aguas de lluvia, aunque la excavación arqueológica no ha podido establecer este extremo. La estanqueidad del depósito se garantizaba mediante un enlucido interior y exterior, y el acceso hasta el fondo, para su cuidado, se hacía mediante una escalera cuyos peldaños se embutían en el muro.

Para la correcta valoración de la Fortaleza de San Felipe sería preciso averiguar su capacidad de alojamiento de hombres, que fue preocupación constante de los militares de su tiempo, ya que se establecía la relación directa entre la eficacia de una fortificación y la capacidad de acuartelamiento para soldados que hubiese en ella dispuestos a la defensa. En este sentido es necesario valorar también la disponibilidad que la Real Fortaleza debía tener como refugio de la totalidad de los habitantes de la ciudad con sus ganados, en caso de ataque. Todo ello hay que ponerlo en relación a la posibilidad de almacenamiento de víveres y municiones para contrarrestar la eficacia de un asedio. A todas estas funciones, reflejadas en los edificios construidos en su interior, se suma, en lugar primordial, el de las propias funciones ofensivo-defensivas que estaban encomendadas a la artillería gruesa y menuda.

La tipología a que se ajusta esta fortaleza responde a las que construyen los ingenieros del rey, tan preocupado por las necesidades de la defensa. No es casual la extraordinaria semejanza, no ya en las soluciones parciales a los distintos planteamientos de orden defensivo, sino que prácticamente repite, por ejemplo, la planta dada por Tiburzio Spannocchi para el fuerte que debía construirse en el Estrecho de Magallanes, fechada también hacia 1580. Asimismo puede verse la similitud que desde cierta distancia ofrece nuestra fortaleza con algunas de fines del siglo XVI y principios del siguiente, como aparece en un grabado antiguo de la Puerta del Muro de Cádiz<sup>34</sup>. Ya se hace notar esta semejanza, entre las fortalezas de la época, en uno de los artículos escrito con ocasión del V Centenario del descubrimiento de las islas: «*É sensível aliás asemelhança do traçado de algumas praças e baluartes do continente, por esse tempo, com o da Fortaleza já pouco antes edificada em Santiago*»<sup>35</sup>. La influencia de los planteamientos de Spannocchi no puede sorprendernos, dada

---

<sup>34</sup> FERNÁNDEZ CANO, V.: *op. cit.*, fig. 2.

<sup>35</sup> FIGUEIREDO, J. de: *op. cit.*



su elevada posición de superintendente de fortificaciones de España e ingeniero mayor de los Reales Ejércitos; con Juan Bautista Antonelli y Cristóbal de Rojas, constituyó el núcleo inicial de la escuela de fortificación que durante la segunda mitad del siglo XVI y gran parte del XVII realizará obras, no solamente en la Península sino a lo largo del contorno del continente americano.

Como queda dicho, se procuró atraer a los ingenieros italianos que desde fines del siglo XV venían creando o modificando unas fortificaciones que se adaptaran al nuevo papel de las armas de fuego. En 1580 se ordenó que se desplazara a Portugal un ingeniero «de nación italiano» para que pudiera «con mayor disimulación hazer lo que se le ordenare»<sup>36</sup>. Se entiende que en estos primeros momentos de la unión de las coronas se quería conocer por parte de los castellanos las posibilidades de la defensa portuguesa sin herir susceptibilidades. Quizá se trate de Jacome Palearo, Fratrín, cuya presencia en Lisboa consta para varias misiones relacionadas con las fortificaciones costeras. En 1583 se llama a Leonardo Turriano (o Torriani), que estaba en la Corte de Rodolfo II en Praga y que llegará a ser Ingeniero Mayor de los reinos de Portugal. Para Felipe II realizará fortificaciones en las islas Canarias<sup>37</sup>.

Dos de estos nombres se relacionan con el proyecto de la Real Fortaleza: Felipe Terzi (o Tercio, o Estercio) y João Nunes. Del primero se sabe que nació en Bolonia en 1520 y que frecuentó la escuela de Pesaro de matemáticas e ingeniería militar, que había fundado el duque Guidobaldo II della Rovere. Éste le encargó diversos trabajos que lo convirtieron en su ingeniero predilecto. Su mejor obra durante este período es el palacio comunal de Fossombrone. Se trasladó a Roma, donde se encargó de la supervisión de puentes y carreteras. En 1576 recibió del Embajador de Portugal la invitación de viajar a Lisboa al servicio del joven rey don Sebastián como ingeniero especialista en fortificaciones, al que acompañó en la desgraciada jornada de Alcazarquivir (1578), en la que el rey pereció y él fue hecho prisionero. Fr. Bernardo de la Cruz, en su *Chronica de D. Sebastião* (capítulo LX, p. 239), afirma que junto al rey figuraban «*Philipe Estercio italiano e Nicolão de Frias, grandes architectos*»<sup>38</sup> (en la nómina de ingenieros que tomaron parte en esa campa-

---

<sup>36</sup> A.G.S., *Guerra Antigua*, leg. 96, fol. 233, en CÁMARA MUÑOZ, A.: *Fortificación y ciudad...*, p. 44.

<sup>37</sup> SUÁREZ QUEVEDO, D.: *op. cit.*

<sup>38</sup> MARQUES DE SOUSA VITERBO, Francisco: *Dicionário histórico e documental dos arquitectos, engenheiros e construtores portugueses*, vol. 3. Imprensa Nacional-Casa da Moeda (Fac-

ña se encontraba también João Nunes). El aprecio que se tenía a su capacidad profesional se muestra porque ya el Cardenal Rey, efímero sucesor de don Sebastián, se interesa por su rescate diciendo que es un hombre útil y que conviene para el servicio de su profesión; al año siguiente, 1579, se le concedían 20.000 reales con el hábito de la Orden de Cristo.

En 1580 se produce la unión de las coronas peninsulares y Felipe II, I de Portugal, le nombra maestro de todas las obras reales, lo que le lleva a participar en numerosas empresas arquitectónicas de carácter civil, militar y religioso. Fue encargado más tarde de la preparación del Castillo de Tomar, donde debía celebrarse la solemne coronación del rey, el 16 de abril de 1581, y de la construcción del Palacio Real de Lisboa, después destruido en el terremoto de 1755. Se convirtió en arquitecto de confianza de Felipe II, tomando parte en la preparación de la Armada Invencible.

En 1584 es nombrado maestro de obras del Convento de Tomar, donde parece que finalizó las del claustro Grande o de los Felipes, de una exquisita elegancia, y justamente considerada la obra maestra de la arquitectura palladiana. Se completará en el reinado de Felipe III de España, II de Portugal. En 1585 se ocupa en las obras del puente y canalización del río Mondego en Miranda.

Parece que después de 1587 interviene en la traza de una fortaleza para la defensa de la capital del archipiélago de Cabo Verde, Ribeira Grande. Es muy posible que Terzi nunca se desplazase hasta las islas de Cabo Verde para diseñar su trazado; no obstante, debía conocer la naturaleza del terreno a través de los informes y «modelos» que fueron enviados a la Corte de Lisboa. Ya en el año 1589, y ante una situación de peligro provocada por Drake, Terzi se encontraba en Peniche «*para fortificação da torre*». Acredita también sus dotes de ingeniero en el diseño del fuerte de Vila do Conde, con cinco baluartes, para defensa de la barra, y con un acueducto para la misma población, y también los de Coimbra y Tomar, como cuenta Fr. Francisco de San Luis en su *Lista de los Artistas*. También en esta faceta de ingeniero intervino, como sabemos, en los planes de fortificación del territorio, emprendido por Felipe II, en las fortalezas de Setúbal, Peniche, Viana do Castelo y otras<sup>39</sup>.

---

símile de 1922 da Biblioteca da INCM), pp. 93-101. Se recoge en esta entrada del diccionario una interesante selección documental sobre la actividad de Filipo Terzi. Véase también *Grande Enciclopédia portuguesa e brasileira*, vol. 31, Lisboa, s.a., que resulta ser un resumen de lo dicho en el Diccionario del Marqués de Sousa.

<sup>39</sup> Para ver la actividad de los ingenieros y arquitectos italianos al servicio de la corona hispanoportuguesa, ver notas y bibliografía de CÁMARA MUÑOZ, A.: «Del papel a la realidad.

Como arquitecto de obras religiosas realizará excepcionales fábricas, como las iglesias de San Antón y, sobre todo, San Vicente da Fora, de Lisboa, que en la grandiosa y robusta bóveda de su única nave recuerda al Duomo de Pessano. Seguramente sea ésta su obra maestra, que a su muerte continuó Baltasar Álvarez, quien terminaría su realización en 1629. También dentro de este mismo capítulo debe inscribirse el Convento da Serra do Pilar, en Vila Nova de Gaia, cuya planta circular cubierta por cúpula ritma con su claustro jónico, también circular, que, en una sola planta, nos evoca al patio del Palacio de Carlos V de Granada. Igualmente traza el Colegio Nuevo de Coimbra, y quizá habría que atribuirle el antiguo Palacio Episcopal de la misma ciudad, hoy Museo Machado de Castro, que Reynaldo do Santos le atribuye. Entre las obras de carácter civil hay que destacar su participación en el Palacio de la Ribeira.

Quizá una de las facetas más interesantes de su actividad sea la de profesor de arquitectura en el reino de Portugal, primer profesional de esta disciplina de que tenemos noticia.

Aunque desconocemos con exactitud la fecha de su muerte, consta documentalmente que ésta se había producido antes de octubre de 1597, en que se nombra a Baltasar Álvarez como su sucesor en el cargo de Maestro de Obras de la Orden de Santiago de Avis. Todo lo dicho demuestra el grado de formación y la versatilidad de algunos arquitectos ingenieros de la época, entre los que no es un ejemplo aislado<sup>40</sup>.

De João Nunes son escasas las noticias. Se sabe que en 1577 sucedió a Jorge Gomes como Maestro Mayor de las obras de la ciudad de Tángier, y que al año siguiente obtuvo un aumento de sueldo por este empleo. También en ese mismo año de 1578 se unió a las tropas de don Sebastián, siendo apresado en esta jornada juntamente con un hijo suyo, que murió en cautiverio. Él mismo hubo de pagar su propio rescate. El rey don Felipe le hizo una donación de 12.000 reales de pensión anual en octubre de 1587, a causa de los servicios que en África había prestado a la Corona<sup>41</sup>.

---

Tratadistas e ingenieros militares en el siglo XVI en el mundo hispano-portugués», en *Cabo Verde. Fortalezas, gente y paisaje*, Madrid, AECI, 2000, 290 pp.

<sup>40</sup> MORALES Y MARÍN, J. L.: «Renacimiento», en VV.AA.: *Arte portugués*, en *Summa Artis*, vol. XXX, Espasa Calpe, Madrid, 1986, pp. 255-259. Sobre la figura de Felipe Terzi ver también: BATELLI, G.: «Filippo Terzi in Portugal», en *Rivista Stórica del Genio*, Roma, 1935; Ídem y COELLO, T.: *Documentos para o estudo das relações culturais entre Portugal e Italia*, Florencia, 1935, v. III; VERNARECCI, A.: *Fossombrone*, Fossombrone, 1907.

<sup>41</sup> MARQUES DE SOUSA VITERBO, Francisco: *op. cit.*, vol. 2 (Facsímil de 1904 da Biblioteca da INCM), pp. 199-200.

Consta documentalmente que se ocupó de las obras de fortificación de la isla de Santiago de Cabo Verde, por lo que parece verosímil que se encargase de la Real Fortaleza. Lo que ignoramos es si fue tracista o encargado de realizar los planos de Terzi. Habitó en la isla de Santiago entre 1586 y 1597, pues, por carta de 12 de julio de 1586, el Cardenal Alberto comunica al Rey, que a su requerimiento «*tomase particular informação de fortificadores e pessoas dentendimento do modo em que se melhor poderya fortificar a Ilha do Cabo Verde, para se poder defemder dos roubos e etradas que nella quisere fazer os cosairos, mãdey ao capitão Gaspar Luis de Mello, que estue allguns dias nesta Ilha, me dese por escrito a ordem em que serya mais seruyço de vosa Majestade e seguramça della fortificarse. E o mesmo mãdey a João Nunez por ter a seu cargo as obras da fortificação della*»<sup>42</sup>. Parece deducirse que la misión de Nunes era la de encargado de las obras de fortificación de las islas, pero no especifica que fuese autor de las trazas de las mismas. Según Barros<sup>43</sup>, Nunes sería su probable constructor, aunque —dice— con intervención del ingeniero mayor Philippe Terzi. Por su parte, Senna Barcellos cita un documento de 1620 en el que se dice «*que á fortaleza precisava reparos, e que escusa de lá ir o architecto, porque está traçada por João Nunes que el Rey mandou para a sua construcção*»<sup>44</sup>.

A Nunes le sucedió Jorge Tavares en el cargo de maestro de las fortificaciones de Tánger en 1617, última fecha de su biografía de la que tenemos noticia.

No cabe duda de la progenie italiana de la traza de la fortaleza por su diseño armónico, adaptado tanto a la eficacia de la defensa como a la muy especial configuración del terreno. La belleza de su trazado no fue una circunstancia fortuita, sino el resultado de la voluntad de sus constructores, como se desprende de la cuidada utilización estética de los materiales empleados en su factura, como las cadenas de sillares o piezas de caliza, embutidas en sus esquinas, que ya se han comentado. Aunque con intervenciones posteriores, excesivamente radicales, ha mantenido todo el carácter que en el siglo XVI se quiso imprimir a estos recintos fortificados, cuyas plantas siguieron repitiéndose con pequeñas modificaciones a lo largo de los dos siglos siguientes. El

<sup>42</sup> A.G.S., *Secretarías Provinciales*, libro 1550, f.º 357, en BRÁSIO: *op. cit.*, III volume, 1570-1600, Agência-Geral do Ultramar, Lisboa (1964).

<sup>43</sup> BARROS, A.: «Conferência sobre a Antiga Cidade da Ribeira Grande da Ilha de Santiago», Maio, 1973, s/l. (Dáctil.), citado en PEREIRA, D. A.: *op. cit.*, p. 58.

<sup>44</sup> *Op. cit.*

tipo de planta poligonal estrellada fue de los más populares, no sólo por considerarlos más eficaces y seguros, sino también por el contenido simbólico de su traza. Las imágenes de sus perfiles se generalizaron a través de la estampa, llegando incluso a constituirse en tema para juegos de mesa, como es el caso de los naipes grabados por Pablo Minguet e Irol, que constituyen toda una lección del arte de la fortificación, en que cada una de las piezas del juego, representando elementos de fortalezas, debían ser agrupados por familias<sup>45</sup> (Fig. 6).

En el caso de nuestra fortaleza, muy alejada del solar ibérico, se mantiene en su estricto trazado geométrico como paradigma del mundo renacentista filipino, frente a la costa occidental del África subsahariana.

Entre 1585 y 1587, ante la situación de urgencia a causa del ataque perpetrado por Francis Drake en 1585 contra Ribeira Grande, se pide insistentemente al virrey, Cardenal Alberto, que emprenda la construcción de una fortaleza para la protección de la ciudad. Las obras parece que se dilataron hasta 1593.

Tal como habíamos indicado anteriormente, no puede comprenderse claramente la funcionalidad de la Real Fortaleza de San Felipe si no se considera como formando parte de un complejo sistema de fortificación que, al decir del ingeniero Sousa Lobo<sup>46</sup>, tiene más carácter terrestre que marítimo, con una concepción del sistema defensivo que es absolutamente original. La Real Fortaleza no estaba pensada para hacer fuego sobre el mar, ya que a eso se destinaban los fuertes costeros que, repartidos en forma de abanico, podían hostigar a los navíos que pretendiesen entrar a la ensenada.

El papel que en este sistema de relaciones jugaba la Fortaleza Real era a la vez el de salvaguarda del acceso a la ciudad desde tierra y el servir de observatorio sobre el tráfico marítimo, fuese o no hostil, y constituir el puesto de mando que coordinase la acción conjunta de los fortines que desde allí estaban en comunicación visual con ella.

Conocemos a grandes rasgos la historia del sistema de fortificaciones de Ribeira Grande, cuya clave era la Real Fortaleza de San Felipe. Ya anteriormente a la llegada de Felipe II al trono de Portugal, la ciudad había sido protegida mediante un par de fortalezas de tierra enclavadas respectivamente sobre las actualmente llamadas *achadas* Salineiro y de San Felipe. Eran muy seme-

---

<sup>45</sup> «Juegos de la Fortificación», en *Catálogo de la Exposición Carlos III y la Ilustración*, tomo II, Madrid, 1988-1989, p. 492.

<sup>46</sup> «Técnica, engenharia e artilharia na Cidade Velha», en *Cabo Verde. Fortalezas, gente y paisaje...*, que se recoge en esencia en el informe cit.: *O sistema defensivo...*

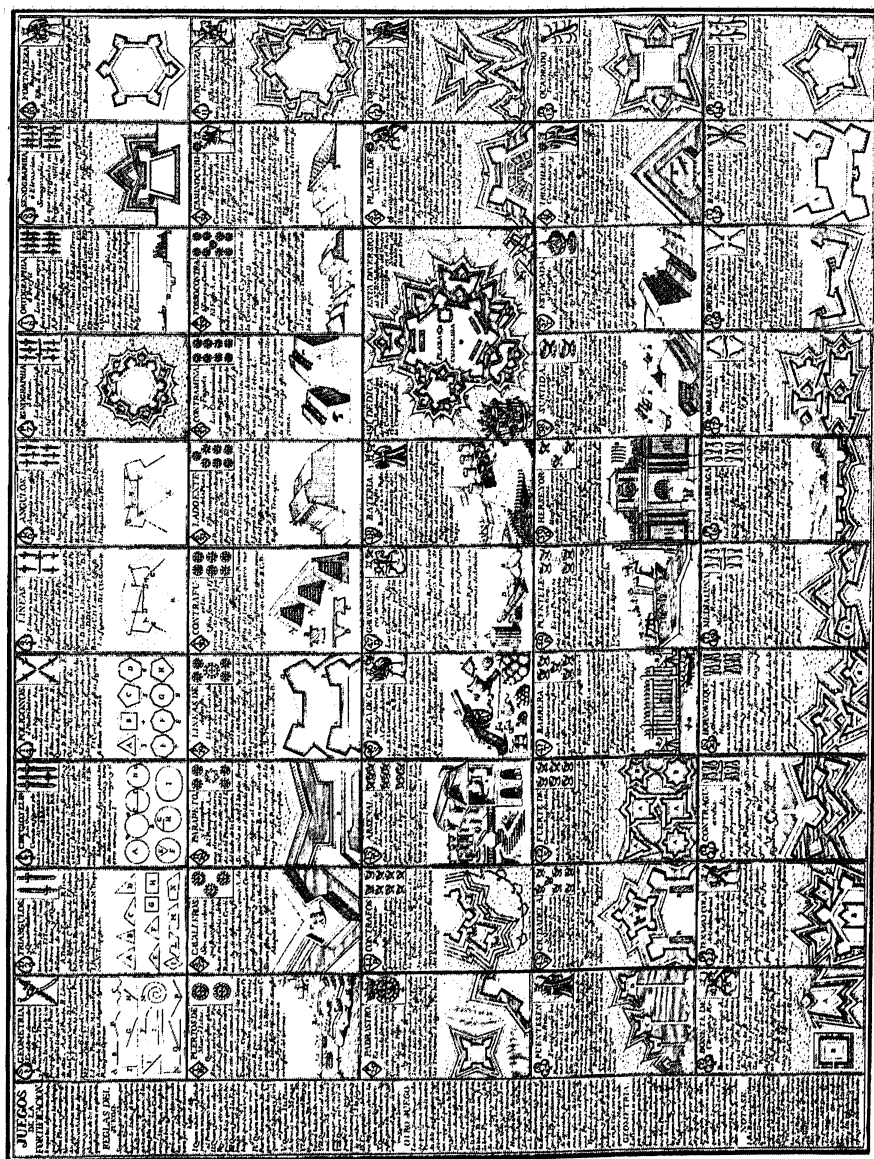


Fig. 6. Juegos de la fortificación. Pablo Minguet. B.N. 18.638 (apud *Catálogo Carlos III y la Ilustración*).

jantes en su forma y consistían en una muralla accidentada con baluartes que acotaban los extremos de ambas *achadas* sobre un lado y otro del abismo, de tal manera que sus recintos quedaban totalmente abiertos hacia el lado del mar y cerrados hacia tierra.

En varios grabados del siglo XVI y principios del XVII se refleja la disposición de esas defensas, que se completaban con las de la costa. El origen iconográfico de los mismos se debe, seguramente, al aparato propagandístico que se realizó por parte de la monarquía británica en torno a la figura de Francis Drake<sup>47</sup>, que tantos servicios había prestado a la Corona. Creemos que el prototipo de los grabados que reproducen el ataque de Drake a Ribeira Grande es el conservado en la British Library<sup>48</sup> (Fig. 7). Todo en él apunta a un pintor topógrafo que debió conocer la naturaleza del terreno, aunque de ninguna forma puede decirse que la representación sea realista. En relación con ella, aunque ya monocromas, son las vistas que llevan por títulos *S. Iago*; una de ellas, cuya leyenda comienza: «*Sancta Iago, à Lusitanis (...)*»<sup>49</sup> (Fig. 8), interpreta las vertiginosas caídas de las dos *achadas* que flanquean la ciudad

<sup>47</sup> Sobre la figura de Francis Drake y su iconografía, ver fundamentalmente: *Lives and voyages of Drake, Cavendish and Dampier: including a view of the History of the Buccaneers*, Edimburgo, Printed by Oliver and Boyd, 1837; DRAKE, F.: *The World Encompassed by Sir Francis Drake*. Edited by W. S. W. Vaux. Hakluyt Society Publications, Ser. I, vol. 16. Londres, 1854; Ídem: *An exhibition to commemorate Francis Drake's voyage around the world 1577-1580*, Londres, British Museum Publications Limited [1977]; BIGGES, W.: «A summarie and True Discourse of sir Francis Drake west Indian Voyage», as presented in Hakluyt, *Principal Navigation*, Glasgow, 1903-5; LEMONNIER, L.: *La grande legende de la mer. Sir Francis Drake*, París [s.n.], 1932; REAL, C.: *El corsario Drake y el Imperio Español*, Madrid, Editorial Nacional, 1941; WRIGHT, I. A.: *Further English voyages to Spanish America, 1583-1594*, Londres, Hakluyt Society, 1951; LLOYD, Ch.: *Drake, corsario y almirante*, Madrid, Cultura Clásica y Moderna, 1958; DUNCAN, T.: *Atlantic Islands: Madeira, The Azores and the Cape Verde in Seventeenth-Century Commerce and Navigation*, University of Chicago Press, Chicago, 1972; VV.AA.: *Sir Francis Drake's West Indian voyage 1585-86*, Londres: Hakluyt Society, 1981.

<sup>48</sup> Departamento de Manuscritos (Eg. Mss, 2579).

<sup>49</sup> «*Sancta Iago, à Lusitanis, tum... viris tum tormentis probe armata, munitaq., vtroque latere valis fortibus firmata est. Hæc ciuitas à prae dicta Praia duobus fere milliariibus distat. Ad illam Lusitani fictis verbis Hollandos exciuerant, sub specie amici contractus et conventus necessarii. Quo qum Hollandi appliquissent, vinis navibus idolum sibi intentatum illico sense-runt. Lusitani enim non saltem multis ordinibus iuxta littora armati comparebant. Sed et per lit-toris spatia plurima tormenta disposuerant, quibus aduentantes incautius Hollandos exciperent. Insidiis itaq detectis, Hollandi retro comearunt iterum, quod fuas hoc loco vires experiundi nullum propositum haberent. Anónimo».*

[fechado en el s. XVII, aunque la fortaleza estaba cons-truida desde 1593]. AHU, Col. Cartografía, impressos IV c. g. 154.



Fig. 7. Asalto de Drake a Santiago, 1585. Mss. 2579, British Library (*apud* C. MARTIN y G. PARKER).





Fig. 8. «S. IAGO: Sanct Iago a lusitanus propositum haberent [...]». Anónimo, s. XVII (*apud Espaços urbanos de Cabo Verde*).

como murallas continuas que se pierden en la lejanía a ambos lados de la ribera, mientras en la vista londinense estos accidentes topográficos están perfectamente representados como cortes rocosos de gran altura.

La otra versión, muy semejante a esta última, nos la ofrece el libro de Ogilby de 1671 con la descripción del continente americano y sus rutas marítimas, titulado *America...*<sup>50</sup> (Cap. III, p. 111). El punto de vista es más bajo

<sup>50</sup> OGILBY, J.: «America being the latest, and most accurate description of the New World; containing The Original of the Inhabitants, and the Remarkable Voyages thither. The conquest of the vast empires of Mexico and Peru, and other large provinces and Territories, with the several european plantations in those parts. Also Their Cities, Fortresses, Towns, Temples, Mountains, and Rivers. Their Habits, Customs, Manners, and Religions. Their Plants, Beasts, Birds, and Serpents. With an Appendix, containing, besides several other considerable Additions, a brief Survey of what hath been discover'd of the Unknown South-Land and the Arctick Region.

que el de la anterior, la composición es de una gran semejanza, aunque tiene un sentido más pictórico por la relevancia que se da al elemento marítimo, con un par de naves en medio de un mar encrespado y con un sentido de profundidad del paisaje de tierra que denota una tradición flamenca (Fig. 9).

De muy distinta naturaleza es la «Vista sobre a Ilha de Santiago»<sup>51</sup>, grabada por Joannes Van Keulen en 1635, donde la fortaleza aparece coronando la magnífica perspectiva. Aquí el sistema de representación es tan avanzado con respecto a todo lo anterior que difícilmente podemos creer que anteceda en más de treinta años al grabado de Ogilby.

La historia de la fortaleza en el XVII queda jalonada por varios testimonios de su decadencia.

En 1621 es calificada como una buena fortaleza en la Relación Sumaria que se hace de la diócesis de Cabo Verde. Dos años después Francisco Leitão informa que las armas y municiones escasean tanto que algunos soldados entran a hacer la guardia sin armas, otros las piden prestadas y otros utilizan azagayas en lugar de arcabuces, y que la ciudad de Ribeira Grande estaba muy desguarnecida y falta de lo necesario para su defensa, a pesar de que el gobernador don Francisco de Moura había aparejado un lienzo de muro de la fortaleza y reforzado los pertrechos de guerra e hizo colocar en sus cureñas las piezas de artillería que estaban caídas y que además eran pocas<sup>52</sup>.

En 1635 el Consejo de Estado se hace eco desde la metrópoli de las quejas del gobernador de Cabo Verde, Jorge del Castilho, en las que dice que encontró la isla de Santiago muy desprovista de municiones, pertrechos de guerra, artillería y todo lo demás necesario para su defensa porque no se daban más que la mitad de las municiones que se acostumbraban a entregar y que había que tener en cuenta el peligro que entrañaban las naves holandesas que siempre andaban por la zona<sup>53</sup>.

Tres años más tarde la situación de la isla motiva la carta del gobernador arguyendo que faltan canteros, herreros y carpinteros y es necesario reclutar doscientos soldados para la defensa de la ciudad.

---

ted from most Authentick Authors, Augmented with later Observations, and Adorn'd with Maps and Sculptures, by JOHN OGILBY Esq; His Majestiy's Cosmographer, Geographick Printer, and Master of the Revels in the Kingdom of Ireland. London, Printed by the Author, and are to be had at his House in White Fryers», MDCLXXI, p. 111.

<sup>51</sup> AHU, Col. Iconografía, Desenhos. I.IV.D.

<sup>52</sup> En PEREIRA: *op. cit.*, pp. 63-64.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 68.

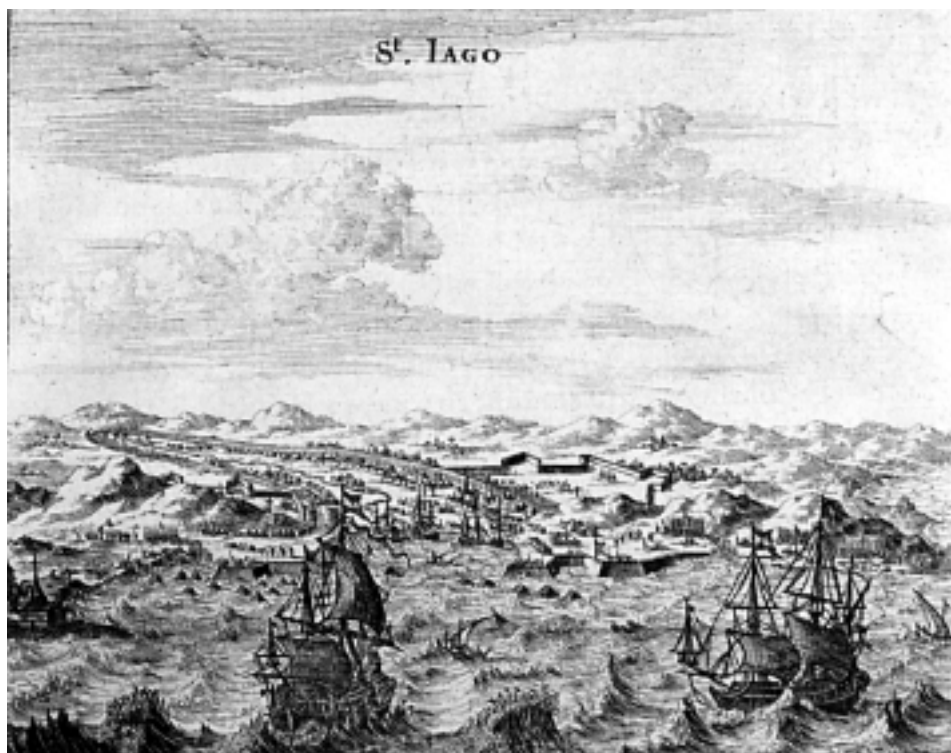


Fig. 9. «S. Iago», J. OGILBY, 1671.

En 1641 el gobernador de Cabo Verde, Jerónimo Cavalcanti de Albuquerque, escribe solicitando apoyo de armamento y municiones y afirma que está haciendo cuanto puede para reparar las defensas de la plaza, el fuerte real y los depósitos de municiones, cerrando los baluartes de San Sebastián, el reducto sobre los navíos, que debe ser el fortín de San Verísimo, y el de San Blas<sup>54</sup>.

A partir de 1642, tras la separación de las coronas portuguesa y castellana, los castellanos se cuentan ya entre los enemigos, y así en 1649 se habla de las necesidades de la defensa contra los «*inimigos Castelhanos e holandeses*».

<sup>54</sup> *Ibidem*, pp. 69-70.

No mejoran las cosas en Ribeira Grande, pues continuamente y a distintas instancias se solicitan ayudas para remediar las dificultades de abastecimientos, agravadas por la sequía y por las acometidas de la piratería.

A través de los documentos que recoge el historiador caboverdiano Pereira, conocemos que la despoblación de la ciudad de hombres de raza blanca era un fenómeno constante desde finales del XVII. Como comentamos más arriba, la propia secuencia de los planos realizados en la segunda mitad del siglo XVIII van apuntando a un continuo deterioro de las instalaciones interiores del recinto fortificado, tal como se comentó en estas mismas páginas.

En 1718 se habla de que «*as casas da Fortaleza de.S. Filipe encontravam-se todas por terra*»<sup>55</sup>. Al parecer, todo se encontraba caído hacia 1740. En un plano de c. 1778 ya se indican como arruinadas las instalaciones de carácter castrense señaladas y sólo aparecen en pie tanto la residencia del gobernador como la capilla, que acababan, al parecer, de ser restauradas.

Esta situación de abandono de las estructuras arquitectónicas no es exclusiva de la fortaleza, porque sabemos por una carta<sup>56</sup> del 16 de diciembre de 1738, de los oficiales de la Cámara de la ciudad, del estado de postración general de éstas.

Todos los indicios de épocas posteriores apuntan a una decadencia progresiva, y las noticias se hacen escasas.

Ya en el siglo XX, y siguiendo una política intervencionista con motivaciones patrióticas de fuerte acento militar, se emprendieron reconstrucciones, no siempre bien fundamentadas, de monumentos militares en Portugal. La misma política se llevó a cabo en las colonias, especialmente en Angola y Mozambique, interviniendo en la Fortaleza de San Miguel, del siglo XVI, en Luanda, y en San Pedro da Barra, de 1641. Asimismo se restauraron los fuertes de Muxima, Mazagán y Cambambe, en las márgenes del Quanza. Jaime de Figueiredo<sup>57</sup> se extraña de la absurda «*impassibilidade e indiferença mantidas em Cabo Verde com relação aos monumentos históricos de valor representativo, existentes nas ilhas*». De esta falta de interés por la conservación de los monumentos se resintió, no solamente el edificio del que nos ocupamos, sino todos los restos de edificios monumentales que quedaban en Cidade Velha, como el Palacio Episcopal, el convento franciscano, la Sé y diversas iglesias.

---

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 73.

<sup>56</sup> A.H.N.C.V.: *Livro 42*, f.º 84 y 84v.

<sup>57</sup> *Op. cit.*

Del estado de conservación de la Real Fortaleza nos da una idea aproximada la fotografía anterior al año 60, que nos muestra la práctica disolución del flanco hacia Praia (Fig. 10). Se deduce la extensa labor reconstructiva que



Fig. 10. La Fortaleza Real de San Felipe, c. 1950 (*apud* J. DE FIGUEIREDO).

se llevó a cabo sobre el monumento en los años siguientes, a pesar de las cautelas mostradas por Figueiredo en una impecable declaración de intenciones sobre el respeto a los restos existentes, que resumía en «estudio, conocimiento y clasificación de sus valores, acondicionamiento práctico de las restauraciones, reintegraciones o conservación; directrices para la iniciación propedéutica en función del alcance cultural y educativo»<sup>58</sup>. Criterios que con toda evidencia no fueron exactamente seguidos, como revelaba el estado del monumento en 1998. Ya en 1989 se califica la fortaleza como ruina<sup>59</sup>. Por eso, la reciente intervención a la que hemos venido refiriéndonos ha sido realmente oportuna. Por una parte porque hemos podido profundizar en el estudio y conocimiento de una obra del período filipino escasamente conocida; por otra, por-

<sup>58</sup> *Ibidem*. (Traducción libre).

<sup>59</sup> BALENO, I.: «Subsídios para a história de Cabo Verde. A necessidade das fontes locais através dos vestígios materiais», Centro de Estudos de História e Cartografia Antiga, Lisboa, 1989, pp. 3-8.

que la ocasión ha servido para estrechar lazos de amistad y cooperación con un país emergente como Cabo Verde, destinado a ser foco de atracción de turistas e investigadores.

Es posible que esta obra de arquitectura militar se convierta en la pieza más distinguida de los monumentos que el país puede ofrecer, y por eso al final de su historia militar recobra y justifica los gastos que se fueron empleando en ella a través de los siglos. No sabemos con absoluta certeza si alguna vez sirvió eficazmente para su cometido en medio de tantas carencias. Quizá, como otras veces en la historia de la arquitectura, completó un sistema de defensa perfecto pero inútil, o quizá su utilidad era sólo disuasoria; la decadencia del comercio y la escasa capacidad de fondeadero de su puerto fueron relegando a Ribeira Grande a un papel secundario y, por tanto, menos codiciado por piratas y corsarios, lo que hizo menos necesaria la defensa. Ninguno de los extremos apuntados, sin embargo, restan grandeza al conjunto ni al papel de su pieza clave que era la Fortaleza de San Felipe (Fig. 11).



Fig. 11. La Fortaleza Real después de la intervención de 1999.